

Banana Yoshimoto

PRIMER AMOR

High & Dry

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BANANA YOSHIMOTO
PRIMER AMOR

High & Dry

Traducción del japonés
de Juan Francisco González Sánchez

TUSQUETS
EDITORES

Eran los primeros días del otoño, yo tenía catorce años y, como si presintiese algo, me parecía que el mundo resplandecía con colores bien precisos.

Quizás era por el brillante color marrón de las castañas y el lustroso beis del fruto, o por la fragancia a madera seca de las setas al extraerlas de su bolsa de papel, o tal vez por los tonos amarillos de las calabazas. La alegría flotaba en el ambiente. El viento, bajo la luz dorada, zarandeaba las hojas marchitas de color ocre y avivaba el límpido aroma a quemado de la atmósfera.

Todo a mi alrededor refulgía como nunca y parecía estar bañado por partículas doradas.

Cuando la lluvia limpiaba las calles y arrastraba el polvo, el aire se volvía transparente y palpitaba como un ser recién nacido. Olía a olivo y a tierra húmeda, y el frío punzaba las fosas nasales.

Todo aquello me parecía una fastuosa celebración del otoño.

Y en sintonía con aquel vibrante mundo, yo tenía la impresión de ser una larva a punto de convertirse en mariposa.

Era una sensación intensísima.

En aquella época yo reflexionaba mucho, sobre todo en el mundo y en cómo funcionaba.

A veces, cuando volvía en mí después de haber pasado largo rato pensando, veía cosas raras.

Por ejemplo, en cierta ocasión vi a un hombre con un casco de ciclista puesto, de pie bajo un puente. No había ni rastro de su bicicleta. «Qué raro», me dije, y cuando quise volver a mirarlo, había desaparecido y, en su lugar, solo había unos ramos de flores. Así que el ciclista había muerto allí mismo..., deduje mientras las palmas de mis manos se unían en un gesto involuntario de oración.

Eso me llevó a otra reflexión.

Ofrecer flores a los muertos no es un acto inútil. Esos ramos parecían, en cierta manera, ayudar al hombre de la bicicleta. Quizás encontraba en ellos algún tipo de consuelo. Además, olían bien.

Otra vez, en clase, estaba abstraída y fijé la vista en la espalda de la compañera que tenía delante, y de pronto me imaginé a sus padres peleándose. No sé por qué me ocurrió eso, pero los vi con claridad a pesar de no conocerlos.

Esas cosas que yo veía, ¿sucédían de verdad? El simple hecho de planteármelo me provocaba una repentina empatía hacia esa compañera de clase. «¡Espero que tus padres se reconcilien!», deseaba para mis adentros, con todas mis fuerzas. Y esa compañera, con la que normalmente no hablaba, me miraba sonriente en el recreo y se despedía de mí, agitando la mano al terminar las clases, con un «¡Hasta luego!».

«¡Vaya!», pensaba yo. «¡A lo mejor tengo aptitudes telepáticas!»

Por otro lado, a veces también descubría cierta falsedad bajo la alegría de otros, o tras la sonrisa de quienes eran demasiado amables conmigo.

Me pasaba mucho rato sumida en mis pensamientos, a menudo sin poder dormir; me veía torpe y patosa, y me abrumaba la sensación de que algo pugnaba por salir de mi interior. Por suerte, mi madre no me reprochaba aquellas rarezas mías.

No les daba demasiada importancia, y las achacaba a la adolescencia.

Ella misma creía en lo invisible. «Mientras no dejes que lo invisible afecte demasiado a tu vida diaria, todo irá bien», me decía. «Pero no te cierres a esas cosas que ves y sientes. Acéptalas como una existencia paralela.

»Y aunque sean fruto de tu imaginación, o aunque solo las veas tú, no las rechaces. Acéptalas cuando se te presenten. Ya veremos qué harás más adelante, si sigues viéndolas. Quién sabe si no se trata de un don para ayudar a los demás. Todavía es demasiado pronto para asegurar nada.»

A pesar del leve destello de preocupación que atravesaba sus ojos cuando me miraba por encima de las gafas, yo sabía que mi madre hablaba en serio.

Sus palabras, de hecho, me sirvieron de ayuda y consuelo. Tal vez gracias a ellas no perdí la cabeza.

Así pues, cuando me cruzaba con personas casi transparentes por la calle, o cuando por las mañanas percibía que un profuso vapor emanaba de las plantas, o cuando veía peces gigantes y abejas diminutas a mi alrededor mientras paseaba por el parque, trataba de recordar lo que me decía mamá y evitaba preocuparme. Pensaba: «Pues bueno, lo

veo y ya está». No me asustaba percibir aquello, y tampoco me enorgullecía de tener algún don especial. Y si, por apenas unos instantes, me preguntaba si no estaría volviéndome loca, entonces recordaba la mirada de mi madre y volvía a recuperar mi lugar en el mundo.

Mi madre trabajaba a tiempo parcial en una librería que se encontraba a poca distancia de nuestra casa, en la planta superior de un restaurante ecológico. La librería estaba especializada en libros de psicología, espiritualidad y autoayuda y también en obras para las personas a las que les gusta vivir en estrecho contacto con la naturaleza. Un lugar un poco raro, en definitiva; pero a mi madre siempre le habían encantado esos temas y se tomaba muy en serio su trabajo.

Aparte de esto, lo que más le gustaba a mi madre eran los helados. Los comía a todas horas y en cualquier estación del año. Yo solía acercarme a la librería al final de su jornada laboral y nos tomábamos un helado juntas.

No muy lejos de la librería había una heladería que gozaba de gran popularidad y cuyos helados se anunciaban por todo lo alto en las revistas,

donde gente famosa los alababa. «¡Su delicioso sabor no tiene comparación!», exclamaban. Y era cierto: sus helados no tenían parangón. Quienes conocíamos a mi madre estábamos convencidos de que, si la heladería cambiara de ubicación, mi madre se mudaría para vivir cerca de ella.

En realidad, degustar un helado allí era el único lujo a nuestro alcance. No podíamos permitirnos nada más.

En la heladería cuidaban mucho la calidad de sus productos, y desaconsejaban a los clientes que se los llevaran para comérselos en casa, arguyendo que en el trayecto el sabor podía sufrir alguna alteración. Además, la oferta de sabores variaba con cada estación, de modo que era casi imposible cansarse, incluso yendo a diario.

En la misma heladería podían adquirirse alimentos biológicos, entre ellos un aceite de oliva muy aromático. Me inscribí en su página web para recibir notificaciones en mi teléfono móvil. Así, cuando cambiaban los sabores, me llegaba de inmediato la información en un mensaje. Entonces yo telefoneaba a mamá y quedábamos para ir, un acto insignificante que contribuía a mantenernos unidas.

Nos sentábamos en un pequeño banco del in-

terior de la heladería y saboreábamos nuestros respectivos helados mientras hablábamos de lo que nos había pasado durante el día. Y cuando agotábamos los temas de conversación, permanecíamos en silencio, la una al lado de la otra, compartiendo la tranquilidad de habernos dicho todo lo que tuviéramos que decirnos. De vuelta en casa, salvo que se presentara algún invitado inesperado, no cenábamos; nos limitábamos a picar de lo que hubiera en la cocina.

En efecto, desde no hacía mucho tiempo, nuestro hogar lo formábamos nosotras dos: madre e hija.

Las estancias de mi padre en Japón se habían convertido en algo tan excepcional como las festividades tradicionales importantes marcadas en el calendario.

Cuando papá estaba en Japón, pedíamos los helados para llevar y regresábamos a casa a toda prisa, para llegar antes de que él regresara de su trabajo. Entonces, yo ayudaba a mamá a preparar la cena. Las cenas con papá eran todo un festín, aunque un poco indigestas, con tanta carne. Siempre llegaba con unas ganas enormes de llevarse a la boca cualquier plato de comida japonesa, por-

que él nunca tenía la ocasión de comerlos. Nos sentábamos los tres a la mesa, hablábamos, veíamos la televisión... Nuestro hogar se transformaba así en una colorida celebración.

Cuando él regresaba a Estados Unidos, volvíamos a la dieta del helado y la cena frugal.

Papá, que últimamente se ausentaba mucho de Japón, tenía una tienda de antigüedades en nuestra ciudad.

Gracias a la nueva tendencia entre los jóvenes a coleccionar antigüedades, la tienda de papá no daba abasto.

Hasta entonces, papá tenía suficiente con ir a Estados Unidos una vez al año, pero desde que comenzó esa moda se había visto obligado a viajar más a menudo para proveerse de antigüedades. También adquiría teteras de épocas recientes o manteles de estilo campestre, bastante modernos, en realidad; desde que vendía esos manteles, la tienda salía en las revistas, de manera que atraía a no pocos curiosos que venían de los lugares más remotos, incluso en días festivos.

La mercancía se vendía, y mi padre estaba cada vez más ocupado.